

EL SIGLO XVIII, SEGÚN MENÉNDEZ PELAYO

Durante gran parte del siglo XX, el modo de interpretar el siglo XVIII español se basó en la versión que del mismo había dejado Menéndez Pelayo y más aún en la que algunos menéndezpelayistas forjaron desde ella, silenciando correcciones y matizaciones, y exaltando párrafos con los que al final de sus días el santanderino ya no se identificaba. Es lo que sucede con la visión maniquea y extremada que presenta en la *Historia de los heterodoxos españoles*, y con las reservas que muestra en las «Advertencias preliminares» de 1910, previas a la reedición de esa misma obra. Por otro lado, cuando llegue a escribir las *Ideas estéticas*, su visión habrá evolucionado y la valoración de los personajes y del siglo se habrá tornado más ecuánime.

Su «construcción» de esa época de nuestra cultura fue poderosa y permaneció durante mucho tiempo, en gran medida apuntalada por los historiadores de la derecha y del nacionalismo español, por Pedro Sainz Rodríguez, que auspició la Edición Nacional de sus obras completas en los años cuarenta,¹ en las que se encontró la justificación esencialista del «carácter nacional español», y desde luego, por los ideó-

¹ De lo que en parte se arrepintió después, por el uso que se hizo, como detalla en «Menéndez Pelayo ese desconocido». Ahí refiere al proceso de «captación» que sufrió el autor y se muestra culpable, aunque sus sentimientos respecto del fenómeno son ambiguos. Véase *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1984, pp. 35-36.

logos de la izquierda, que, del mismo modo que los de la derecha pero en dirección contraria, procedieron a simplificar la aportación de Menéndez Pelayo. Unos y otros olvidaron a menudo el hecho de que la producción del erudito estaba marcada por los momentos históricos en los que vivió, y por la fuerte presión de la Iglesia de Roma, a la que él mismo se doblegó a menudo y de la que trató de escapar quizá ya demasiado tarde. Su construcción de España, y de los tiempos ilustrados en este caso, aunaba elementos de carácter político, religioso e ideológico que tendían a fortalecer la imagen identitaria como país monárquico, más en la línea de los Austrias que de los Borbones, y católico: el catolicismo daba sentido y unía a España desde siempre, lo cual implicaba dejar fuera toda una serie de ideas, personajes, textos que abogaban por una nación distinta, más abierta y plural, y obligaba a rescatar a aquellos que podían haber sufrido persecución por defender el «viejo y auténtico» destino o por hacer frente a las novedades, siempre perniciosas y sospechosas.

Preferir la España de los Austrias implicaba también una forma de ver la organización del Estado que llevó a Menéndez Pelayo a defender el papel de los municipios y las regiones, cierta autonomía que los Borbones, en su afán centralista modernizador, no siempre respetaron. Por otro lado, dado que no podía hablarse de unidad de España desde la lengua, el santanderino hizo de la religión el elemento de cohesión. Su idea de España, su idea de nación, está motivada además por el ambiente regeneracionista en que nació y vivió, por los discursos de Costa, Picabea, Maeztu, Ramón y Cajal, entre otros. Discursos que de diferentes modos evidenciaban la pobreza cultural del momento y la decadencia española y que, en algunas ocasiones, invitaban a mirar hacia atrás en la historia de España para encontrar allí los referentes de grandeza. Y esto Menéndez Pelayo lo hizo de manera notoria y sistemática.²

La suya y la de sus seguidores fue una formulación del siglo XVIII tan afortunada que durante años se mantuvo incuestionada; antes al contrario, diferentes discípulos y seguidores ahondaron en su pertinencia. Figuras como Emilio Cotarelo y Mori, que, si contribuyeron a

² A este respecto, véase el libro de Pedro Laín Entralgo, *Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1944, donde intentó rescatar al autor del integrismo del régimen de Franco y de la Iglesia. Tarea no fácil en los años cuarenta. Allí señala, como se verá aquí respecto del XVIII, que en su madurez se desdijo de mucho de lo que escribió en los años de polemista juvenil.

que conociéramos mejor esa época, también lo hicieron desde un punto de vista a menudo sesgado que daba por sentado el afrancesamiento, el volterianismo y toda una serie de tópicos ideológicos asentados aún en el imaginario de gran parte de la colectividad española. Si el Siglo de Oro se empleó para dar la cara y la imagen de lo auténticamente español, en muchos de estos eruditos el XVIII significó la cruz de esa imagen.

La obra de Menéndez Pelayo pretende restaurar la cultura española y su ciencia, criticadas y menospreciadas, asentar un punto de vista y generar una interpretación de las mismas que sirva a sus lectores. Consideraba que para mejorar como nación, primero había que conocer el pasado y valorarlo, y, desde su perspectiva, es lo que hizo como primer paso para la regeneración o restauración del país. En sus primeros tiempos de joven católico irredento, cuando compuso *La ciencia española* y los *Heterodoxos*, esa fue la motivación, y el modo de mostrarla, la intransigencia y la descalificación. Después, el objetivo regenerador continuaría siendo el mismo, pero otras las maneras y la sabiduría, a menudo fruto de la desilusión por la actitud de sus propios compañeros de viaje y de las críticas recibidas dentro y fuera de España. En todo caso, esa idea y ese objetivo restaurador están en la base de cuanto escribió. Trabajó en ello desde unas perspectivas determinadas, si bien en parte evolucionaron a lo largo de su vida y, si no se pueden negar esas premisas que dirigen su trabajo, tampoco se puede negar el uso político que después se hizo del mismo. Cómo el franquismo se le apropió y cómo unos y otros, a menudo sin leerle y escribiendo desde los que opinaban los comentaristas, deformaron o sesgaron sus palabras.³

El siglo de la Ilustración en la ‘Historia de los heterodoxos’

Así pues, Menéndez Pelayo llega al siglo XVIII desde una óptica y con una actitud beligerantes. Lo que produce el siglo le sirve para participar en la polémica sobre la ciencia española y construir su libro del mismo título (1876- 1888), así como para redactar gran parte de la *Historia de los heterodoxos españoles* (1880- 1882), que entra de lleno en el debate sobre la cuestión religiosa, estudiado por Marta Campomar Fornie-

³ Véase el libro de Antonio Santoveña Setién, *Menéndez Pelayo y las derechas en España*, Santander, Ayuntamiento/ Librería Estudio, 1994.

les.⁴ De hecho, en esta historia de España al revés, como él la denominó en las «Advertencias preliminares» de 1910, los afrancesados, los librepensadores y demás «sectarios» del siglo ilustrado le ocupan gran espacio. Era seguramente la primera vez que la historiografía española se dedicaba con tanta detención a esa época. Salvo la historia de Juan Andrés y la de Ticknor, iniciada en 1849, que comenzaba con el *Poema del Mío Cid*, y sí se adentraban ambas en la época, otras, como la de José Amador de los Ríos, de 1861, terminaba en los tiempos de Carlos V. Ahora bien, como hará Menéndez Pelayo y como hicieron los historiadores del siglo XVIII, consideraba españoles a los autores latinos nacidos en la Península.⁵

Los *Heterodoxos* nacen en medio del conflicto entre lo nacional y lo romano: ser buen católico significaba doblegarse al dictado de la Iglesia de Roma y no tener fundamentos nacionales. Como señala Marta Campomar: «Ser católico equivalía a ser ultramontano a ultranza, defensor de los bienes del clero, de sus derechos en la educación y en la organización social, de la superioridad del poder espiritual sobre el temporal o civil y de la autoridad del pontífice infalible sobre las conciencias.»⁶

De hecho es en esos años, en 1870 y durante el Concilio Vaticano I, cuando se promulga el dogma de la infalibilidad del Papa, y es cuando Pío IX publica el *Syllabus de Errores* en la encíclica *Quanta Cura* (1864), según el cual todo lo que se alejara de esa visión integrista de la

⁴ *La cuestión religiosa en la Restauración. Historia de los Heterodoxos Españoles*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1984, analiza el momento y las tensiones ideológicas que subyacen en los orígenes de ese libro. De la misma autora, «Menéndez Pelayo en el conflicto entre tradicionalismo y liberalismo», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, (1994), pp. 109-134, y «Cuarenta años de menendezpelayismo», *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, 7 (1994), pp. 657-693. Sitúa el panorama intelectual e ideológico en que Menéndez Pelayo fraguó su obra, Antonio Santoveña Setién, *Marcelino Menéndez Pelayo. Revisión crítico-biográfica de un pensador católico*, Santander, Universidad de Cantabria, 1994.

⁵ Para los inicios de estos criterios, que se encuentran en los textos historiográficos de Luis José Velázquez, Martín Sarmiento, los hermanos Mohedano, Masdeu y Juan Andrés, entre otros, véase Inmaculada Urzainqui, «Hacia una teoría de la historia literaria en el siglo XVIII: competencias del historiador», en Leonardo Romero Tobar (ed.), *Historia literaria/ Historia de la literatura*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2004, pp. 209-236.

⁶ *Op. cit.*, p. 18.

doctrina era pecado y contrario a la Iglesia. Así, el liberalismo, el socialismo y el comunismo; las sociedades secretas, el racionalismo, el panteísmo y el naturalismo; el indiferentismo, los métodos científicos modernos y las medidas secularizadoras respecto de la sociedad civil; las críticas a los derechos y papel de la Iglesia, y actitudes morales frente al matrimonio, pero también cualquier crítica desde las filas del catolicismo.⁷ Consecuencia de esta doctrina intransigente fue la división de los propios católicos en lo que se llamó «católicos puros o íntegros» y «católicos liberales». Defender la separación de los poderes terrenales y los espirituales, apostar por la separación de la Iglesia y el Estado, significaba ser calificado de hereje y recibir los ataques de los ultramontanos, como les sucedió a Valera, a Emilio Castelar, a Vicente de la Fuente y a otros.

Los errores contenidos en el *Syllabus* van a encontrar espacio en la *Historia de los heterodoxos* de Marcelino Menéndez Pelayo; de hecho, la suya, es una historia eclesiástica y doctrinal. En el texto de Pío IX aparece condenado el siglo XVIII por regalista, por la Revolución Francesa y por todas aquellas actitudes que llevaban a secularizar la vida y a hacer que el individuo pensara por sí mismo: es decir, se anatematizaba todo lo que iba dirigido a liberalizar y modernizar la sociedad, y de manera muy especial, cuanto se refería a la ciencia y al pensamiento: naturalismo, materialismo, sensualismo. Ese texto exponía claramente lo que había que hacer y no hacer, pensar y no pensar, para ser un buen católico, es decir, un buen ciudadano, y con la misma claridad y precisión todo lo que había que rechazar, y aquí entraba el progreso y cuanto caracteriza a la sociedad liberal que se habría iniciado con la llegada de los Borbones a España. De evidentes consecuencias políticas, el *Syllabus* anulaba cualquier actividad intelectual, y condenaba a quienes, como los krausistas, tenían una perspectiva crítica. Por otro lado, a sus seguidores, caso de Menéndez Pelayo, les obligaba a una estricta aceptación de sus principios, lo que anulaba cualquier posibilidad de objetividad e imparcialidad, algo que el erudito santanderino empezó a reclamar pronto, y a utilizar para justificar sus palinodias y autocorrecciones.

⁷ Colección de las alocuciones consistoriales, encíclicas y demás letras apostólicas, citadas en la Encíclica y el *Syllabus* del 8 de diciembre de 1864, con la traducción castellana hecha directamente del latín, Madrid, Imprenta de Tejado, a cargo de R. Ludeña, 1865, pp. 3-52.

Cuando en 1882 aparece el tercer tomo de los *Heterodoxos*, dedicado al siglo XVIII y a la época contemporánea, lo hace en este ambiente y precedido además de las polémicas que los dos volúmenes anteriores originaron y de la muy famosa por el brindis del Retiro, con motivo del homenaje a Calderón de la Barca.⁸ Pero también, por lo que respecta a la autoridad romana, el Papa nuevo, León XIII, permitía alguna libertad más en el campo del pensamiento y de los estudios, gracias a sus encíclicas de 1885, *Inmortale Dei*, y 1888, *Libertas*. El texto de Menéndez Pelayo no defraudó a los ultramontanos, encastillados en su *Syllabus*, pues rechazaba, siguiendo su doctrina, todo cuando de novedoso aportó la centuria, en España y en Europa en general: la centralización de los Borbones, el jansenismo, todo lo francés, el liberalismo y cualquier otro pensamiento considerado heterodoxo, que se sintetizaba con palabras como «volterianismo» o «enciclopedismo». Menéndez Pelayo, amparándose en la crítica de la época inmediatamente anterior, el siglo XVIII, que es presentada como la clave de toda la decadencia española, hacía la crítica de su tiempo.⁹

Esta decadencia es fruto de la heterodoxia, pero ésta, como había señalado en diversas ocasiones, no es rasgo característico de los españoles, sino más bien algo advenedizo y ocasional por lo que se dejan llevar algunas mentes atribuladas, fascinadas por el brillo de las novedades. Uno de los recursos recurrentes en estas páginas, que conforma en cierto modo una manera de pensar, es el que se vuelve sobre los complots y las confabulaciones; otro son las que podemos llamar cadenas de heterodoxias. Unos eslabones llevan a otros, así Menéndez Pelayo ve como desafíos del hombre a los límites del conocimientos establecidos por la Biblia y luego por la doctrina de la Iglesia movimientos como el fatalismo de Hobbes, el sensualismo de Locke, que condena, y por supuesto cuanto enciclopedismo, materialismo, utilitarismo, deísmo, propiciaron, entre otros, Diderot, Kant, La Mettrie, Rousseau, Adam Smith y Voltaire. Este último es su verdadera bestia negra y de él, como emblema, derivan los errores de la sociedad moderna del siglo XIX.

⁸ Estas polémicas están bien sintetizadas en el libro de Marta Campomar Fornieles.

⁹ Sobre la actitud de Menéndez Pelayo ante la decadencia de España, Santoveña Sección, *Marcelino Menéndez Pelayo*, pp. 113- 232.

Los filósofos alemanes del XVIII, con Kant a la cabeza, son descalificados sumariamente, lo mismo que los experimentalistas ingleses. Habrá que esperar a la *Historia de las ideas estéticas* para que cambie de opinión respecto de estos filósofos, sobre todo de los alemanes, y tendrá que llegar la segunda edición de los *Heterodoxos*, para que en el prólogo de 1910, en momentos en que la Curia romana se ha endurecido de nuevo, diga que tan respetables son los autores católicos como los paganos, si sus obras aportan conocimiento. Pero, hasta llegar a esos momentos, sus juicios son sumarios y propios de «católico intolerante, dispuesto a halagar los oídos de la beatería ortodoxa integrista. Hay trozos que suenan a sermones de puro tradicionalismo francés, pesimistas en su concepción social al estilo de Donoso Cortes o del abate Gaume». ¹⁰ Y es conveniente recordar que esas descalificaciones de los alemanes se hacen en momentos en que el autor tiene contraída una importante deuda con filósofos como Leibniz, Kant, Ranke, Niebuhr o Herder.

Si desde el punto de vista de la religión, el siglo XVIII es rechazado, desde el otro puntal de su pensamiento, desde el nacionalismo, no puede ser salvado. El Setecientos es una centuria afrancesada, que rinde su carácter nacional a la nueva dinastía y pone en manos de los extranjeros el territorio, la educación, el gobierno, el arte y la economía:

Todo grande espíritu literario, así el original y castizo como el de imitación sobria y potente, habían huido, y en los mejores solo quedaba la corteza. El viento de Francia se nos había calado hasta los huesos; y el prosaísmo endeble, la timidez elegante, la etiqueta de salón, la ligereza de buen tono, el *sprit* enteco, y aquella coquetería o sutileza de ingenio que llamaban *mignardise*, lo iban secando todo. Ni paraba aquí el daño, porque los libros franceses, que eran entonces insano alimento de nuestra juventud universitaria, tras de difundir un sentimentalismo de mala ley, enfermizo y pedestre, nos traían todo género de utopías sociales, de bestiales regodeos materialistas y de burlas y sarcasmos contra todo lo que por acá venerábamos. ¹¹

Desde luego, es cierto que los nuevos monarcas, sobre todo con Felipe V, fueron vistos por muchos como invasores y extranjeros, pero,

¹⁰ Campomar Fornieles, *op. cit.*, p. 178.

¹¹ *Historia de los heterodoxos españoles*, II, Madrid, BAC, 1978, p. 530.

por lo mismo, los Borbones llevaron a cabo toda una serie de medidas dirigidas a entroncar con la monarquía hispana, con el pueblo y la nobleza. Aprovecha en estas páginas para rechazar el proyecto borbónico de Nueva Planta, frente al modelo de los Austrias, que respetaba la «independencia» de las regiones, pero también para alertar contra la masonería y contra la libertad que supusieron las Cortes de Cádiz.

Dentro de su estrategia, ya señalada, de salvar a aquellos que se defendieron de las novedades, se encuentra su valoración de los jesuitas. Desde muy pronto manifestó la intención de escribir un libro sobre ellos y su expulsión. Los jesuitas son el lado positivo, uno de los pocos, del siglo XVIII. Pero esto se relaciona con la consideración en que se tenía a la Compañía en los tiempos de Menéndez Pelayo, que había defendido el rigor del *Syllabus*, lo mismo que la infalibilidad papal; de hecho los jesuitas mismos la habían propuesto, preparando el camino, en 1869. Así pues, se denuncia el complot de los Borbones contra ellos en toda Europa,¹² pero sobre todo se centra la pérdida, real, que supuso su expulsión para la ciencia y la cultura española. Al mismo tiempo, y dado que los jesuitas eran considerados los defensores de la ortodoxia de Roma, y por tanto del ser español, pues el catolicismo es el que los ha unido a través de los tiempos, su expulsión se entiende como una agresión contra la auténtica España.

Menéndez Pelayo narra con detalle esa expulsión, señalando culpables y antecedentes en páginas de gran habilidad y vigor expresivos, cercanos a la oratoria de la predicación, y estos hechos le sirven para explicar el atraso científico español y para acusar:

En lo que no han insistido bastante los adversarios de la expulsión, y será en su día objeto de historia particular, que yo escribiré, si Dios me da vida, es que aquella iniquidad, que aún está clamando al cielo, fue, al mismo tiempo que odiosa conculcación de todo derecho, un golpe mortífero para la cultura española, sobre todo en ciertos estudios, que desde entonces no han vuelto a levantarse; un atentado brutal y oscurantista contra el saber y contra las letras humanas, al cual se debe principalísimamente el que España, contando Portugal, sea hoy, fuera de

¹² «La conspiración de jansenistas, filósofos, parlamentos, universidades, cesaristas y profesores laicos contra la compañía de Jesús proseguía triunfante su camino», *Op. cit.*, II, p. 434.

Turquía y Grecia, [...] la nación más rezagada de Europa en toda ciencia y disciplina seria.

Al mismo tiempo, y en esa línea ya señalada de ver la continuidad de la ciencia y de la historia de España, y de mostrar la dependencia y los orígenes de los males presentes, señala, acusando al liberalismo y salvando a los jesuitas: «La ignorancia en que vive y se agita nuestro vulgo literario y político es crasísima, siendo el peor síntoma de remedio que todavía no hemos caído en la cuenta». El único modo de salir de esa crisis es tener «un sólido, cristiano y amplio régimen de estudios» que cierre la «brecha que abrieron en nuestra enseñanza, primero, las tropelías regalistas, y luego, los incongruentes, fragmentarios y desconcertados planes y programas de este siglo».¹³

Una vez sentado el presupuesto y las consecuencias que aún se padecen por la expulsión, pasa a enumerar a los jesuitas expulsos y a valorarlos: Juan Andrés, creador de la historia literaria; Hervás y Panduro, padre de la filología comparada y uno de los primeros etnógrafos y antropólogos; Serrano, poeta latino; Lampillas, apologista de nuestra literatura; Nuix, defensor de la conquista de América, contra el abate Raynal; Masdéu, Eximeno, Garcés, Arteaga, estudioso de la estética y la música; Aymerich, Plá, Gallisá, Colomé, Lasala, Isla, Montengón, el primer gran novelista del siglo; Campserver y Ludeña, matemáticos; Alegre, Landívar, Clavijero, historiador de México; Terreros, y tantos otros.

Los jesuitas son el lado bueno del siglo XVIII, por su erudición y porque, según el historiador eclesiástico que es Menéndez Pelayo en este libro, quedan fuera de las corrientes enciclopedistas, jansenistas, modernas de ese siglo. En las páginas de los *Heterodoxos* se relatan las disidencias con Roma, las consecuencias de la llegada de los Borbones, la política de Macanaz, Campomanes, Roda, los «proyectos cismáticos de Urquijo», los efectos del enciclopedismo, las relaciones de Aranda con Voltaire, el proceso contra Olavide, se refiere a heterodoxos como Martínez Pascual y José Marchena, al que diez años después dedicará un gran trabajo, que es caso de equilibrio entre la admiración que le tiene (al fin y al cabo, los dos eran cultores del clasicismo pagano) y el rechazo que le producen sus «extravagancias».

¹³ *Op. cit.*, II, p. 441.

Pero, además de los jesuitas, hubo otros aspectos positivos, en especial, la línea de continuidad de la auténtica España que muestran las actitudes defensivas de diferentes intelectuales, contrarios a las novedades. Si la política, la literatura y la economía «modernas», introducidas con la nueva dinastía, luchaban contra la ciencia, la apologética y la cultura antigua española, los que se defendieron de esta plaga que quería acabar con la vieja España son valorados por el erudito de manera muy positiva y como los adalides de la resistencia ideológica. Así, «justo es decir, para honra de la cultura española del siglo XVIII, que quizá los mejores libros que produjo fueron los de controversia contra el enciclopedismo y de cierto muy superiores a los que en otras partes se componían». El verdadero espíritu español seguía vigente, pues, a pesar de los ataques:

No hubo objeción, de todas las presentadas por la falsa filosofía, que no encontrara en algún español de entonces correctivo o respuesta. Si los innovadores iban al terreno de las ciencias físicas, allí los contradecía el cisterciense Rodríguez; si atacaban la teología escolástica, para defenderla, se levantaban el P. Castro y el P. Alvarado; si en el campo de las ciencias sociales maduraban la gran conjuración contra el orden antiguo, desde lejos los atalayaba el P. Ceballos [...]. ¡Hermoso movimiento de restauración católica y nacional, que hasta tuvo su orador inspirado y vehementísimo en la lengua de fuego de aquel apostólico misionero capuchino, de quien el mismo Quintana solía hablar con asombro, y ante quien caían de rodillas, absortos y mudos, los hombres de alma más tibia y empedernidamente volteriana!¹⁴

Estos nombres, junto a otros como los de Piquer y Forner, son la «resistencia española» contra el enciclopedismo y la filosofía del XVIII, y estos hombres están vencidos y olvidados porque, finalmente, lo que triunfó fue la revolución que patrocinaron personajes como Aranda, Floridablanca, Campomanes, Cabarrús, Roda y Quintana. La idea de la conjuración, del plan a largo plazo, planea sobre la visión que Menéndez Pelayo ofrece del siglo. La persistencia de su formulación a lo largo del tiempo, además de por el uso que los historiadores conservadores hicieron de la misma, se debe también a la calidad literaria con que está expuesta. Un estilo potente, enérgico, y un ritmo con una ca-

¹⁴ *Op. cit.*, II, p. 580- 581.

dencia oratoria que con frecuencia posee al lector. Puede estar equivocado, puede generalizar, puede acertar, pero siempre lo hace con un magnífico estilo literario, que ayuda de manera extraordinaria en la lectura.¹⁵

Esta imagen, en general negativa, de la que solo se salvan aquellos que «lucharon» por mantener las que se consideran esencias del carácter español, es la que, con más o menos rigor, mantuvo el santanderino durante mucho tiempo. Podemos encontrar matices en sus obras cuando hable de uno o de otro autor, de esta o aquella cuestión, pero siempre planeará sobre su siglo XVIII la idea de que fue una época negativa, de la que arrancan muchos de los males que padece la España que él vive. Considerará que hubo cierto avance pero que fue a costa de perder valores espirituales; admirará a Feijoo, pero con reservas, etc.

Éste y Jovellanos, que son dos de las figuras más importantes del siglo, reciben una atención especial. Con anticipación al modo actual, pues últimamente se están recuperando para la cultura española los años que van desde 1680 en adelante, eso que se ha dado en llamar el tiempo de los novatores, señala que Feijoo no está solo ni aislado, que no florece en medio de un desierto, sino que es el resultado del movimiento cultural y científico que se estaba dando en España en el paso del siglo XVII al XVIII. Es verdad que lo encuadra de este modo para restar importancia al personaje y destacar de este Voltaire español, como le considera, su afrancesamiento, su erudición de segunda mano y su recurrencia a diccionarios, periódicos y enciclopedias. En este sentido, su exposición no es nueva, pues recupera una línea de interpretación y desprestigio del benedictino que floreció a lo largo del siglo XVIII, con Gregorio Mayans a la cabeza, que lo entendía como un vulgarizador, un escritor ameno. Pero estos defectos no desdoran su españolidad, pues lo considera español auténtico, ya que no va contra los dogmas de la Iglesia, aunque defendiera el positivismo y el experimentalismo. De hecho fue uno de los introductores de Newton. Pero Me-

¹⁵ Un estilo que a veces se vuelve demasiado retórico. En 1910, cuando preparó la nueva edición de su obra (1911), entonaba el *mea culpa* a este respecto: «en mi juventud no pude menos de pagar algún tributo a la prosa oratoria y enfática que entonces predominaba. Páginas hay en este libro que me hacen sonreír, y, sin embargo, las he dejado intactas porque el libro tiene su fecha y yo distaba mucho de haber llegado a la manera literaria que hoy prefiero, aunque ya me encaminase a ella». «Advertencias preliminares», en *Historia de los Heterodoxos españoles*, I, Madrid, BAC, 2006, p. 29.

néndez Pelayo entiende la posición reformista de Feijoo, su apertura a nuevas maneras de pensar y de hacer ciencia, su interés por diferenciar lo que es territorio del dogma de lo que cae en la especulación, como un atentado a la ciencia «española», si bien, años después, él pedirá para sí mismo lo que había estado haciendo Benito Feijoo.

Lo que subyace en su actitud es el interés de los estrictos católicos, de los neos, por apropiarse de la figura del benedictino, que estaba siendo reivindicada por el liberalismo contemporáneo. Y esto, de modo más notable, es lo que sucede también cuando trata sobre Jovellanos, que padecía una polémica de apropiación y de defensa de su ortodoxia, mientras para la Institución Libre de Enseñanza era uno de sus referentes ideológicos. Según esta línea de interpretación, que tuvo antes a Nocedal y a Laverde por cultores, el asturiano no era revolucionario ni hereje, ni trabajó contra el catolicismo. Cometió errores, como el de la ley agraria (en el *Índice de libros prohibidos* desde 1825), pero no por no ser católico. Terciar en la polémica, le sirve para ridiculizar a la Institución, a Gumersindo de Azcárate y a sus tendencias alemanas,¹⁶ y para proponer la imagen deseada del prócer: católico, español por los cuatro costados, en lucha con las ideas de su siglo, pues no estaba por la soberanía nacional, ni por los principios de la Revolución Francesa, lo cual es cierto, y además no aceptaba el enciclopedismo, que es la palabra que emplea para aglutinar todo lo malo del siglo XVIII, es decir, al siglo XVIII. La conclusión es que Jovellanos es liberal a la inglesa, respetuoso de las tradiciones, amante de la emancipación del hombre dentro de los límites que imponen los dogmas de la Iglesia. La polémica por la apropiación de este personaje, que en el fondo es una manifestación de las dificultades de los españoles para aceptar y entender su historia, continuó después, cuando en 1885 Julio Somoza acusó a Menéndez Pelayo y a Nocedal de haber retocado en beneficio de su perspectiva el *Diario* del asturiano.¹⁷

¹⁶ Repara también en algo que hay que destacar, porque es habitual todavía hoy: el olvido o desconocimiento por parte de los profesores extranjeros de la bibliografía española. De este modo, entre otros defectos que le ve al artículo de Baumgarten sobre Jovellanos, que recomendaba Azcárate, está su ignorancia de la publicación del último tomo de obras del asturiano, aparecido en 1858, cuando el “vulgar propagandista protestante” escribe en 1874. No conocer este tomo hace que sus opiniones sean parciales e infundadas a menudo.

¹⁷ Campomar Fornieles, *op. cit.*, pp. 185- 186.

Las Cortes de Cádiz son para muchos el inicio de una nueva época en la historia de España. Para el erudito de Santander forman parte del siglo XVIII, en tanto que final de un periodo, y son el resultado perverso de todas las influencias y maquinaciones anteriores. De hecho, significativamente, en su plan, vienen tras las páginas dedicadas a las «sociedades secretas», que tanta actividad tuvieron después. Frente al juicio positivo que hace de las juntas locales, por su «espíritu religioso», que, uniendo religión y política, las llevó a organizar la resistencia, para la Junta Central tiene palabras de rechazo y crítica, «por lo inconsciente y versátil de sus resoluciones».¹⁸ Las Cortes son herederas de la Revolución Francesa y, más que de ellas, de sus principios; por lo tanto, son secularizadoras y afrancesadas, y muchos de los que participaron en ellas herejes, lo mismo que los partidos políticos que entonces se formaron, en especial, el partido liberal. Por su parte, de este panorama sólo se salvan aquellos que estuvieron en contra, como el padre Alvarado y los que integraron la línea reaccionaria y tradicionalista, aquellos que defendían la Inquisición, que estaban contra la ley de libertad de imprenta y a favor de la exclusividad religiosa.

De nuevo, aparece el modo de trabajar del autor, su idea de que el pasado sirve para entender, explicar y sobre todo justificar el presente. No se debe olvidar que cuando escribe la *Historia de los heterodoxos españoles*, además de su juventud y de su afiliación política, Menéndez Pelayo está haciendo realidad su misión de recuperar la imagen «real y verdadera de España», mediante la cultura y la ciencia, pero que además se encuentra inmerso en presiones y tensiones políticas y religiosas que hoy desconocemos o hemos olvidado.¹⁹

Con conocimiento y perspicacia ve la continuidad de los problemas y de las ideas, a veces desde el punto de vista del complot, de la amenaza, pero si se deja a un lado esa obsesión, que justifica un punto de vista, su afán por historiar lo que permanece, más allá de las novedades, supone adelantarse con un enfoque que solo en el siglo XX va a tener cierta actualidad. En su caso, estudiar las continuidades, y las alteraciones como desvíos de un plan esencial, tiene una motivación nacio-

¹⁸ *Heterodoxos*, II, p. 693.

¹⁹ En 1910 escribe, con cierto arrepentimiento, que el autor era «un mozo de veintitrés años, apasionado e inexperto, contagiado por el ambiente de la polémica y no bastante dueño de su pensamiento ni de sus palabras». «Advertencias preliminares», en *Historia de los Heterodoxos españoles*, I, p. 30.

nalista y esencialista que a menudo deforma sus aportaciones. Él mira hacia atrás y, a la luz de las consecuencias conocidas, explica, desde cierto determinismo, que no podía ser de otro modo, que las conjuraciones, las novedades, etc., iban todas destinadas a acabar con un estado de cosas, y a quienes participaban de esa perspectiva, como el modelo y el momento ideales de la nación española. Sin embargo, es claro que el determinismo no es un criterio ni un instrumento historiográfico y que siempre hay más de una opción. Pero fue ese carácter excesivamente nacionalista el que llevó a personajes como Eugenio D'Ors, Gregorio Marañón y Pedro Sainz Rodríguez a creer en la utilidad política e ideológica de la figura de Marcelino Menéndez Pelayo y al último, además, a plantear la publicación de sus obras como un proyecto nacional que ofrecía a los españoles el reservorio de nuestro carácter y la Biblia de nuestro ser. Un nacionalismo tradicionalista que quisieron atento a los «valores universales de España», que no estaba sujeto a ninguna escuela, según Marañón, «fuera de su integral catolicismo».

Pedro Sainz Rodríguez, que se sentía culpable de la captación que había sufrido Menéndez Pelayo, explicaba así las razones que le llevaron a proponerle como emblema de la cultura española:

Quando fui ministro, percibía yo que aquel alzamiento nuestro tenía que dar como resultado un Movimiento nacionalista: así lo reconocía toda Europa [...]. Entonces me entró temor de que ese ímpetu nacionalista que había ido a desembocar nada menos que en una guerra civil, cuando tuviese que estructurarse intelectualmente cayese en el mimetismo de formas extranjeras [Por eso hice la edición nacional]. Conste que yo pensé que era un deber hacer lo que hice, porque el nacionalismo de Menéndez Pelayo no podía causar ningún perjuicio a la cultura.²⁰

ya que era un nacionalismo tradicionalista del carácter que señalaron D'Ors y Marañón.

²⁰ Sainz Rodríguez, *op. cit.*, pp. 35- 36.

Ideología y literatura.
La Historia de las ideas estéticas en España

Pero pronto pasó a ver el siglo desde otra perspectiva, la estética, previa a la redacción prevista y nunca realizada de una historia de la literatura española. El cambio del punto de vista era importante, pues podía acercarse a la historia sin tanto prejuicio religioso y sin tanta presión eclesiástica. Pero eso no significaba abandonar su discurso ideológico.

Si la preceptiva es esencial para las artes y la literatura en cualquier época, lo es más en el siglo XVIII, momento en que se agitan diferentes movimientos filosóficos y estéticos, que a su vez representan (y enfrentan) diferentes modos de entender el país y los compromisos de los artistas con su entorno. Aunque se titula *Historia de las ideas estéticas en España* (1883- 1891), la amplitud de miras del santanderino le lleva a dar entrada en sus páginas no solo a aquellos teóricos clasicistas y a los autores que siguieran esa doctrina, sino también, dejándose atrapar por su interés por la literatura y por el que era su objetivo último, escribir esa historia literaria, a los representantes de la llamada literatura popular y tradicional. Y, en este sentido, hay que recordar que, con perspicacia y comprensión de su importancia, no deja fuera de su recorrido histórico a los representantes más destacados del periodismo del momento. Educado en el gusto clásico, amante como era de los autores del canon grecolatino, y de ese tipo de paganismo, sus juicios sobre estos escritores son a menudo desdeñosos e injustos, como en parte ha corregido la historiografía posterior, pero, al menos, los hace comparecer en su relato – cosa que después no se hizo--, lo cual es de un gran valor porque ha permitido que investigadores posteriores se adentraran por otras vías menos estrictas, y porque daba una imagen más correcta de la época, más allá de lo que después los manuales y muchos historiadores de la literatura han presentado como retrato del siglo XVIII.

Desde mi punto de vista, este trabajo sobre las ideas estéticas es en muchos sentidos una historia literaria, y sobre todo una historia de la literatura moderna (embutida dentro de la historia de la estética europea), ya que no se ajusta a los viejos esquemas de vida y obra de los diferentes autores que pasan por sus páginas –aunque dé a menudo valiosas noticias biográficas--, y se acerca a cómo se entiende la historia lite-

raria en los últimos tiempos, más como historia cultural y como historia de las ideas.²¹ Menéndez Pelayo no se queda solo en el análisis y enjuiciamiento de la estética de los diferentes momentos, sino que va más allá, haciendo observaciones de carácter ideológico, político, religioso y sociológico.

Por lo que respecta al siglo XVIII, como se adelantó ya, da entrada en su historia a los periódicos, y ahí está Nifo, pero también el *Diario de los literatos de España*, el *Memorial literario*, *El Censor*, las *Varietades de ciencias, literatura y artes* de Quintana y otras revistas, en las que no se detiene sólo para explicarnos los debates estéticos, lo cual, por otro lado, es historia literaria, sino que da informaciones sobre otros diferentes aspectos, como los relativos a la sociabilidad y redes de opinión, además de adentrarse en la vida literaria de la época, al relatar cuanto tiene que ver con las tertulias y academias, con las relaciones europeas de los escritores, con los grupos poéticos de Quintana y Moratín, y con las polémicas que se dieron en el siglo, que, si tuvieron a menudo motivaciones estéticas, con mucha más frecuencia eran otras, de carácter personal, político, económico, las que encendían el enfrentamiento. Son las polémicas las que retratan bien, por lo general, la República Literaria.²² Este punto de vista del autor, abarcador, le lleva también a considerar en su historia «estética» a los grupos que trabajan fuera de la Corte, y así pasan por sus páginas las escuelas de Salamanca y de Sevilla, los críticos portugueses, sin olvidar a los de América. La suya parece una visión que armoniza el centro con la periferia, lo que seguramente esté en relación con el valor que daba, en otro plano, a las regiones, y al hecho de proceder él mismo de la periferia nacional.

Los muchos juicios negativos que a menudo le merecen la producción, la estética y la ideología dieciochescas se entroncan en un todo

²¹ Ya señaló Dámaso Alonso que «de un golpe, generosamente, gallardamente, genialmente, con erudición asombrosa, aunque con las mermas, menoscabos [...] que una labor ciclópea ha de tener si va sobre los hombros humanos, Menéndez Pelayo creó [...] la historia de nuestra literatura», *Menéndez Pelayo crítico literario (Las palinodias de don Marcelino)*, Madrid, Gredos, 1956, p. 103. Un enfoque más moderno sobre la condición de historiador del santanderino, haciendo hincapié en su condición de historiador de las ideas y de la cultura, en Alberto Vallejo del Campo, *Menéndez Pelayo, historiador*, Santander, Fundación Marcelino Botín/ Sociedad Menéndez Pelayo, 1998.

²² Véase Joaquín Álvarez Barrientos, *Los hombres de letras en la España del siglo XVIII. Apóstoles y arribistas*, Madrid, Castalia, 2006.

unitario esencial. Es decir, como le ocurrió con los *Heterodoxos*, desde el punto de vista de la fe; la literatura, la estética, el arte, todo le va a servir ahora para reflexionar sobre el ser de España, sobre sus características y condiciones. Se acerca a la historia literaria no sólo para ofrecer la información pertinente, sino para desde ella construir y afianzar su idea de la nación española. Una nación unida por su fe católica e indiscutible desde los primeros escritores que nacieron en la Península en los tiempos del Imperio Romano, y que ya entonces poseían un modo de hacer, un espíritu, ese algo que caracteriza a lo español. En este sentido, su idea de historia y de España, y de la historia literaria española está en deuda, precisamente y como ya se anotó, con la que tuvieron cuantos en el siglo XVIII se dedicaron a levantar los primeros edificios de la historia literaria y de la cultura nacional. No quiere decir esto que considere que la única lengua de la literatura española fuera el castellano, como sus predecesores dieciochescos también piensa que los que escribieron en otras lenguas peninsulares son españoles, porque hay un parentesco producido al ser «hijos de la misma madre». «Las tres literaturas reflejaban iguales sentimientos y parecidas ideas, y recíprocamente se imitaban y traducían y cedieron el mismo paso a extrañas influencias».²³

Esta idea de una España desde siempre, que se comienza a teorizar históricamente en el XVIII, tuvo implicaciones más elaboradas en el Romanticismo y después, y Menéndez Pelayo es claramente deudor de ellas, como lo fue también el franquismo, que las desarrolló a su modo. Pero, en su caso, como en el de otros en la época, responde a un proyecto que incluiría naturalmente a Portugal, país, lengua y literatura con los que establece parentescos, relaciones y consanguinidades, también en lo referente al siglo XVIII: similar actitud ante la Compañía de Jesús, paralelos entre el Marqués de Pombal y los ministros de Carlos III, éxito del teatro popular español similar al de Antonio José de Silva, el mismo papel amenazante y disolvente de las novedades, etc. No se puede hablar en su caso de iberismo, al menos en los años del homenaje a Calderón, pues, como él mismo señaló en el brindis del Retiro, ese

²³ Citado por M^a Isabel Navas Ocaña, *Menéndez Pelayo: Una revisión al filo del 2000*, Almería, Universidad, 1999, p. 25.

concepto tenía «no sé qué mal sabor progresista». Para él, los portugueses eran directamente españoles²⁴

La idea de que existe una España con unas características definidas, desde siempre y a pesar de las influencias extranjeras, se percibe bien cuando escribe sobre el siglo XVIII, precisamente porque en esos años los españoles se preguntaron (o se empezaron a preguntar) qué eran, dado que lo que parecía haber sido su ser nacional mutaba. Muchos fueron conscientes del momento de cambio que vivían y de las consecuencias políticas y de convivencia que en la vida cotidiana y en la consideración de los otros podía tener aceptar o no las novedades. Fueron conscientes de cómo los modelos del «ser español» se ampliaban, y esto se hacía peligroso porque los tradicionalistas no estaban dispuestos a aceptar otra forma de ser español distinta de la que ellos patrocinaban: nacionalista y católica.

Si los Borbones trajeron costumbres, modas, estéticas ajenas a lo castizo español; si los mejores españoles se afrancesaron y escribieron y se vistieron y hablaron con galicismos, sin embargo, continuaron manteniendo ese fondo de identificación nacional, más allá de los rigores. Con ciertas dificultades, por las valoraciones negativas que a menudo hace de ellos, Menéndez Pelayo vio cómo entre los ilustrados y los clasicistas, por un lado, y los que eran absolutamente contrarios a las novedades estéticas, hubo un grupo de escritores que buscó poner al día los viejos modelos españoles, barrocos, que, por lo demás, estaban dejando de tener la aceptación que habían conocido en sus momentos de triunfo, en aquellos que les hicieron posibles durante los siglos XVI y XVII. Me refiero a personajes como José de Cañizares y Antonio de Zamora en la primera mitad del siglo; pero ahí están también otros como Nifo, Valladares de Sotomayor, Comella, etc., que en cierto modo fueron una forma alternativa a los ilustrados o un modo distinto de serlo. Lo vio, además, desde una perspectiva interesada, pues lo que quería demostrar era cómo se mantenía la «españolidad» a pesar de la influencia extranjera en individuos cercanos a los cantos de sirena europeos.

²⁴ «Brindis del Retiro», en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, III, Madrid, CSIC, 1940, p. 386. Sobre esta cuestión y sobre la importancia que daba a la autonomía de provincias y municipios, que se relaciona con su preferencia por la monarquía de los Austrias, Sainz Rodríguez, *op. cit.*, pp. 57- 87. Véanse también las páginas que le dedica César Antonio Molina, *Sobre el iberismo y otros escritos de literatura portuguesa*, Madrid, Akal, 1990.

Muchos teóricos pasan por sus páginas, pero inevitablemente tiene que detenerse en Ignacio de Luzán y lo hace de una forma que puede sorprender, dados el característico empobrecimiento con que se suele hablar del siglo XVIII y la simplificación que a menudo se ha hecho de su pensamiento.²⁵ Luzán, como otros, pasa por ser «el típico ilustrado» —cosa que aún está por definir— y eso supone en el retrato robot y tópico despreciar el teatro clásico español y todo aquello que no se arreglase a las normas clasicistas. Menéndez Pelayo, que señala los que le parecen rigores y excesos del preceptista, expone sin embargo las razones por las que éste apreciaba el teatro de autores como Calderón de la Barca. De esta forma, el introductor de la estética clasicista en España, habría estado defendiendo, como buen español que no se dejó alucinar por las novedades, la tradición «nacional» que representaba el teatro barroco. Y en esta misma línea se hizo eco de las opiniones de Pedro Estala, que era contrario en general a las reglas de lugar y tiempo, como indicó en los prólogos a sus traducciones, y que consideraba a Lope de Vega creador del teatro moderno. Pero además, en esta reivindicación nacionalista, califica a algunos elementos del XVIII español de románticos. Así hará con el mismo Luzán, cuya valoración del teatro barroco, retroproyectando, entiende en clave romántica, y al poner de relieve el mayor y más importante número de fuentes italianas de que se sirvió, frente a las francesas —en lo que ahondó después Sebold²⁶—. La misma interpretación romántica hará cuando estudie «El no sé qué» de Feijoo, a quien ya había «salvado» en los *Heterodoxos*, y del *Teatro español*, la antología de García de la Huerta. Todo ello, ejemplo de la «vena latente de romanticismo» que él y otros historiadores posteriores encuentran en la cultura española.

La visión que Menéndez Pelayo tiene del Romanticismo es deudora de la teoría de A. W. Schlegel, que, como se sabe, pensaba que la cultura así calificada mantenía el espíritu medieval y cristiano, lo que encuentra en España e Inglaterra sobre todo, incluso durante los años de Ilustración, en los que Francia se aleja de esa orientación. Así Schlegel, y con él otros como el santanderino y antes los románticos, consideran que España no rompió la continuidad de su carácter y de su literatura,

²⁵ *Op. cit.*, I, pp. 1093- 1102 y 1193- 1213.

²⁶ Russel P. Sebold, «Análisis estadístico de las ideas poéticas de Luzán: sus orígenes y su naturaleza», en *El rapto de la mente*, Madrid, Prensa española, 1970, pp.57- 97.

ni siquiera durante el siglo XVIII y empalman el XVII con el XIX, obviando el Siglo de las Luces, como todavía sucede hoy en muchísimos estudios de carácter no solo literario.²⁷

Pero en estas valoraciones sobre el teatro clásico español Menéndez Pelayo no es nuevo. En este como en otros casos hay que recordar que, ya en los tiempos ilustrados, los castizos tenían al teatro del Siglo de Oro como reflejo del carácter nacional, algo que asumirá de forma decidida el Romanticismo, en ese afán por construir una historia y una literatura que contribuyan a la identidad nacional. De manera que no es de extrañar que Menéndez Pelayo, cuyo intento es precisamente ese, construir una historia de la cultura española con sentido unicista que justificara desde siempre «lo español», nacionalizara todo cuanto pudiera apoyar su punto de vista. Por otro lado, hay que destacar que, desde el lado ilustrado, durante esa centuria también se llevó a cabo una campaña para apropiarse del teatro clásico español, «limpiándolo» de algunas impurezas, impropiedades y otros aspectos que no encajaban con su ideario estético y moral, para hacer que formara parte de la historia estética de la nueva dinastía, que, de esta forma, desde lo que se consideraba más netamente español, aparecería vinculada con el pasado nacional.²⁸

Al cántabro le interesa el estudio del siglo XVIII desde la Historia de las ideas (religiosas, políticas, estéticas), de la cultura y de la ciencia, pero se acerca, como ya se adelantó, con la base teórica de que lo que a su entender une a España y le da sentido a través de los tiempos es la fe católica; por tanto, no podía tener en una gran estima época como la ilustrada, en la que se cuestiona de manera más o menos sistemática el credo católico (aunque más a la institución), se altera el orden antiguo proponiendo una visión del mundo marcada por el sensismo y la experiencia, y en la que se separa el mundo de la ciencia del de la teología, para además proponer sistemas políticos y modelos revolucionarios.

²⁷ Hans Juretschke publicó una antología de sus textos sobre Romanticismo, en *Menéndez Pelayo y el Romanticismo*, Madrid, Editora Nacional, 1956.

²⁸ Para la interpretación del teatro clásico en el siglo XVIII, véase Joaquín Álvarez Barrientos, «Pedro Calderón de la Barca en los siglos XVIII y XIX. Fragmentos para la historia de una apropiación», en *Estado actual de los estudios calderonianos*, ed. Luciano García Lorenzo, Kassell, Ed. Reichenberger, 2000, pp. 279- 324, e Inmaculada Urzainqui, *De nuevo sobre Calderón en la crítica española del siglo XVIII (en su tercer centenario)*, Oviedo, Universidad, 1984.

rios, que llevarían a la creación de repúblicas y constituciones, pero sobre todo a importantes cambios en las mentalidades. Consecuencias todas que padecía el mundo del siglo XIX.

En líneas generales, el erudito que escribió los *Heterodoxos* y las *Ideas Estéticas* ve que el mundo de valores en que fue educado está siendo periclitado y que eso se debe a la herencia ideológica del siglo XVIII, que con la nueva dinastía trajo una apertura a Europa que suponía, si no el desmantelamiento de la «antigua España», sí el resquebrajamiento de un punto de vista, cuando no la misma crítica de los valores «esenciales» de la patria. La pregunta de Masson de Morvilliers, en la *Encyclopédie Méthodique*, «¿Qué le debe Europa a España?», sería la mejor representación de ese cuestionamiento del ser nacional y del lugar y papel que la ciencia y la cultura españolas ocupan en el mundo. Pero lo es ya desde dentro de España. De hecho, en los orígenes de la polémica sobre la ciencia española, había utilizado el nombre de Masson de Morvilliers para descalificar a los críticos españoles que le acusaban de manipular la Historia.

Muchas de las páginas que dedica al siglo XVIII están marcadas por un tono beligerante, defensivo y reivindicativo, aunque menos evidente que en los *Heterodoxos*, pero también las signa el hecho de que, como en ellos, refiriéndose y estudiando esa centuria, quiere explicar mucho de lo que sucede mientras escribe, porque como ya se vio siente que la decadencia que, según él, se inició con los Borbones, continúa en su tiempo. Aunque también señala que los cambios acaecidos con esa nueva dinastía eran irremediables, puesto que se daban en Europa, de modo que habrían ocurrido con o sin ella. Menéndez Pelayo tiene que restituir todo lo que considera que esa época quitó a la continuidad de España. Con esta actitud media en la polémica sobre su lugar en el mundo, sobre el valor de sus aportaciones, y se sigue cuestionando qué y cómo somos, cuál debe ser nuestro referente de identificación. Algo que los más inteligentes autores del siglo XVIII, como José Cadalso, plantearon con lucidez no exenta de tensiones.

Este análisis va más lejos y, si había considerado en los *Heterodoxos* que todo formaba parte de un gran complot, y que el jansenismo y el regalismo fueron los arietes primeros que facilitaron el posterior volterrianismo, la supresión del poder de la Iglesia y de Roma, la secularización de la enseñanza y la vida española; todo ello «desfigurando y tor-

ciendo y barajando antiguas y veneradas tradiciones españolas»,²⁹ en su estudio sobre las ideas estéticas lanzará un ataque sobre lo francés, centrado en Boileau, Diderot y otros, pero en especial en Voltaire, al que presenta como un espíritu hipercrítico víctima de sí mismo, es decir, de sus «excesos» críticos. El ataque se explica desde la consideración, ya antigua, de que todos los males llegan desde Francia, con la que tenemos un contencioso nunca terminado. Considera al autor de *Cándido* el mejor retórico de su tiempo, le reconoce desde luego talento, ingenio, dotes de divulgador (de hecho dio a conocer la filosofía inglesa en Francia), pero todas esas actitudes no evitaron, antes al contrario, que

en su vejez, su alma calcinada, escéptica y corrompida, ya no respond[iera] más que a las sollicitaciones de la vanidad, de la envidia y del amor propio. La polémica infernal en que se había empeñado contra el cristianismo, estrechaba cada día más sus ideas, le aridecía el espíritu, le apartaba de la comprensión de la historia, y daba cierto sabor de fanatismo a sus opiniones hasta en las materias más indiferentes.³⁰

Ahora bien, contra lo que cabría esperar de tanta acritud, y conociendo las páginas que le había dedicado en los *Heterodoxos*, puede sorprender que haya disminuido su acrimonia, que le reconozca aciertos críticos sobre todo en cuanto tiene que ver con el teatro. Menéndez Pelayo ha separado, en la medida de sus posibilidades, la ciencia de la religión, y ha serenado su análisis de la materia que le ocupa.

Por lo que respecta al papel de la literatura y de las otras artes, muestra bien hasta qué punto en aquellos años estaban al servicio de ideas y proyectos políticos, se habían vuelto objeto oficial y social, con presencia en salones, y elemento de ostentación e interés público. Y esto gracias a que, además de las ideas estéticas, estudiaba también los cenáculos en los que se debatía, los círculos de poder e influencia, etc. Si en los *Heterodoxos* había marcado el negativo influjo francés, en las *Ideas estéticas*, aunque a veces reduzca su importancia al atender también a influencias y culturas como la inglesa, la alemana y la italiana, en líneas generales sigue avalando su peso, de un modo que todavía hoy continúa siendo casi un dogma, cuando se trata de las relaciones e influencias que recibió la España de entonces.

²⁹ *Op. cit.*, II, p. 341.

³⁰ *Historia de las ideas estéticas en España*, I, Madrid, CSIC, 1974, p. 1022.

Aunque en ocasiones de forma crítica, destacó en sus páginas, al tratar sobre la Fonda de San Sebastián, sobre las academias, sobre las polémicas y disputas, una de las cualidades de la actividad literaria dieciochesca, como fue su dimensión social, su presencia en tertulias, salones y cafés, y marcó aquellas novedades de sociabilidad que muchos conservadores y moralistas del XVIII denostaron, como eran el *sprit*, el ingenio, la argumentación frente a la erudición, la condición sociable, elegante y de buen tono de los escritores, frente al tradicional abandono de su aspecto y el retiro de la sociedad. Estas observaciones no son tan ásperas como en otros textos anteriores, y quizá una de las razones sea que él mismo era asiduo a salones y bailes, llevando durante muchos años una activa vida social.

Respecto de la situación de las letras en la época ilustrada, Menéndez Pelayo, siempre cerca del casticismo auténtico español, sea esto lo que sea, se muestra sin embargo ecuánime a la hora de juzgar la situación, y discrimina valores y defectos en un mismo autor, evitando las descalificaciones ideológicas que se encuentran en la *Historia de los heterodoxos*. La literatura padecía un patético deterioro, producto de seguir las reglas de la poética, pero también se había arruinado la tradición española; de modo que se hacía necesaria una reforma, reforma que no fue la adecuada porque, como se indicó ya, acababa con la auténtica veta española. Menéndez Pelayo no es contrario a las reglas, no olvidemos que es admirador del mundo clásico y de Leandro Fernández de Moratín, lo que rechaza es que sus teóricos las lleven a extremos ridículos de rigidez, corrigiendo la propuesta de Aristóteles, y que autores sin inventiva se escuden en ellas para componer algo frío y tedioso. Por otro lado, es cierto que a medida que los tiempos se alejaban del Estagirita, sus comentadores radicalizaban más y más su texto, reduciendo el movimiento de la imaginación y las posibilidades de invención.

Junto a las noticias sobre autores que siguieron el modelo clasicista, en sus páginas se encuentra numerosamente recogida la legión de escritores tabernarios, en una denominación corriente por entonces, que son detritus de esa otra gran literatura española del Barroco. Aun así estos reciben cierta atención condescendiente en tanto que representantes de una tradición española, aunque esta no se encontrara en el mejor de sus momentos y necesitara sangre nueva revitalizadora. Es también esa perspectiva nacional la que le lleva a valorar positivamente a eruditos como Sarmiento, Mayans, Isla, Tomás Antonio Sánchez y

otros que reformaron la prosa y se dedicaron a la investigación y recuperación de los «monumentos» literarios españoles.

La *Historia de las ideas estéticas en España* da mucho espacio a los preceptistas literarios y, al hilo de la exposición de sus pensamientos, traza la historia literaria del siglo, pero también dedica muchas páginas a hablar de los tratados musicales y artísticos, en especial de los que tienen que ver con la arquitectura. Reconoce aquí que ésta había llegado a un estado de postración y delirio insostenible y que se hacía necesaria su reforma. Algo que intentó Felipe V, monarca «benemérito, pero que en nada fue un hombre superior». El rey, señala, pensó que algo podría conseguir tutelando la reforma y ofreciendo protección oficial. Si ésta bastara para regenerar las artes, añade, mucho se podría haber esperado «de la largueza y del buen deseo con que los primeros reyes de la Casa de Borbón atendieron al reparo y a la protección del arte y de los artistas», que se empeñaron «con el candor académico propio de aquel siglo, en construir cierta especie de suave y abrigado invernadero para la delicada planta del ideal». ³¹ Y a continuación pasa revista a las traducciones de los tratados que se hicieron y a las obras originales. De nuevo, Menéndez Pelayo está embarcado en la construcción de una historia cultural del siglo XVIII, que en esas páginas aborda desde la perspectiva del arte y su proyección en la sociedad.

Pero, como no podía ser de otro modo, y como su objetivo último es contribuir con su trabajo al diseño del pasado nacional y a dotar al presente de elementos que justifiquen y expliquen la condición española, sus reflexiones sobre arte le llevan a reivindicar el pasado anterior al siglo XVIII y a aquellos individuos que vivieron en esa centuria y trabajaron en la misma dirección. En cualquier caso, a aquellos que construyeron bien la historia de la disciplina. Es por ejemplo el caso de Antonio Ponz y de su *Viaje de España*, libro que valora tanto desde la «esfera artística», como desde la histórica, pues supuso la «resurrección de nuestro pasado estético: vino a suplir todos los olvidos y las deficiencias de nuestros historiadores de ciudades, tan descuidados y tan poco competentes en todo lo que se refiere a los milagros del arte». ³² Ese libro debe leerse conociendo el tiempo y las circunstancias en que se forjó (como todos): sin trabajos previos, «en la atmósfera glacial y ceremo-

³¹ *Op. cit.*, I, p. 1506.

³² *Op. cit.*, I, p. 1539.

niosa que entonces pesaba sobre los reinos del Arte». Además, tiene un valor testimonial importante, que pone de relieve la dejadez de los españoles y de sus gobernantes en todo tiempo y lugar, pues da fe de muchos edificios y monumentos que la desidia y otras motivaciones han hecho desaparecer. De nuevo la relación entre el pasado y el presente; la causa y el efecto que explican lo que somos:

Y, entonces, el libro aparecerá en todo su valor, no solo porque fue el primer mapa artístico de España, no solo porque es el monumento de una campaña victoriosa contra un gusto que eternamente deberá ser tenido por estrafalario y perverso, sino, además, doloroso es decirlo, porque muchas de las maravillas artísticas que Ponz vio, solamente viven ya en sus páginas, acta de acusación terrible contra el vandalismo que vino después.³³

Del mismo modo, Antonio de Capmany es positivamente valorado, tanto por sus investigaciones sobre Barcelona, libro que honra «a la cultura española del siglo XVIII», como por sus opiniones acerca del «orden gótico». Capmany había hecho una ponderación muy positiva de los edificios de la Edad Media que encontró en la Ciudad Condal, apartándose de la doctrina clasicista imperante. Otro admirador de los restos arquitectónicos de la Edad Media fue Jovellanos, y así lo señala acertadamente al referirse a sus páginas sobre Bellver, el Paular, y a sus reflexiones sobre lo «pintoresco», «que ya en Inglaterra se llamaba *romántico*».³⁴

Al referirse también a Llaguno y Amírola, a Ceán Bermúdez, a Ortiz y Sanz, a Diego de Villanueva y a otros contribuyó a la creación del canon estético para los estudios de arte. Como en todo lo que escribió, sus observaciones sobre arte, música, literatura, filosofía, etc., van dirigidas a tomar conciencia de lo que cree que somos, a conocer nuestro pasado, para resurgir después de la situación de crisis y decadencia en la que considera que se encuentra España. Así, su discurso es siempre ideológico y el uso que hace de las informaciones que aporta está dirigido a la construcción o reconstrucción de una imagen nacional desde la cultura, una imagen de alcance que sirva para lanzar a la nación a la conquista de mayores y mejores logros. Es posible entrever en este

³³ *Op. cit.*, I, p. 1540.

³⁴ *Op. cit.*, I, p. 1558.

planteamiento varias ideas de carácter histórico que estuvieron funcionando con mucha fortuna. Sobre todo es fácil percibir que se apoya en el convencimiento de que hay unos valores clásicos, esenciales e inmutables que se corresponden con una imagen de España, desde el siglo XVIII desviada, que hay que corregir. Pero también parece subyacer el modelo histórico de carácter biológico, humano, según el cual, toda ciencia, toda materia, conoce un desarrollo que inevitablemente acaba en la muerte, para luego resurgir o renacer. No otra es la idea del Renacimiento, como movimiento, y no de otro modo se realizaron tantas y tantas historias sobre diferentes materias desde los tiempos de Plinio, y aun antes de él.

En el caso de Menéndez Pelayo, ese planteamiento parece funcionar, y lo que él hace es historiar las diferentes fases de la cultura de España, es decir, las manifestaciones del ser nacional, incluida su decadencia, que en parte y en muchos aspectos se correspondería con el siglo XVIII, para preparar el momento del renacimiento. No en vano él vivió en los años de la Restauración.

El último capítulo de las *Ideas estéticas* referido al siglo XVIII se dedica a los tratadistas de música. Del mismo modo que ha construido el canon estético literario y artístico, en esas páginas formula lo que será el canon musical: desde fray Pablo Nasarre hasta los jesuitas expulsos – Eximeno, Arteaga, Requeno –, pasando por Feijoo, Tomás de Iriarte y otros que rescata en su «Indicación bibliográfica de los tratados didácticos de música publicados durante el siglo XVIII». En esta parte tiene la ayuda de Francisco Asenjo Barbieri, que le provee de noticias. Si Feijoo había sido bien tratado, en general, en los capítulos anteriores, si lo había ido comprendiendo de forma más centrada, cuando se refiere a él en la parte musical, no escatima los elogios. Feijoo es el responsable de «la página más brillante de crítica musical» de aquellos tiempos, el discurso «La música de los templos», que formaba parte del primer tomo del *Teatro Crítico Universal* (1726). En el mismo se rechaza la intromisión de recursos profanos en la música religiosa, actitud cada vez más frecuente por entonces, y otros asuntos sobre el efecto de la música. Es un debate que le sirve para referirse a la polémica sobre Haydn y la música alemana, cuando trate sobre el poema de Iriarte «La música» (1777), y a la otra gran cuestión del siglo, la por muchos considerada invasión de la música italiana, que ahogó toda iniciativa de los músicos autóctonos y

dejó «enterrados para largo tiempo los débiles gérmenes de nuestra música nacional profana».³⁵

El autor ha pasado revista a los tratadistas y dejado completo el panorama teórico del momento, señalando influencias y debates; es decir, del mismo modo que en los otros casos, mostrando una historia activa y dinámica, en este caso de las tensiones musicales.³⁶ Pero, significativamente, termina sus páginas refiriéndose al proyecto del coronel Torres de Nava, «primer folklorista musical de que hasta ahora tengamos noticia», que en 1799 había propuesto recoger «la música popular española».³⁷ El aspecto nacionalista, de recuperación de las esencias nacionales que se encuentran en los cantos populares, es un buen modo de poner fin al tomo sobre el siglo XVIII. Como en otros casos, en este Menéndez Pelayo valora las manifestaciones populares españolas, siguiendo el criterio romántico de autenticidad nacional que había esbozado Schlegel y después Agustín Durán al recopilar el *Romancero general*.

Es interesante constatar que a medida que ha ido escribiendo e investigando, a medida que pasaba el tiempo, su planteamiento de lo que era español, de lo que había que recuperar para regenerar a España, que constaba en principio de una idea central muy restringida, se ha ampliando y matizado, porque su autor se ha hecho más comprensivo y tolerante, de modo que es capaz de integrar más facetas. Que su objetivo era reconstruir lo que él consideraba el ser español ha quedado claro, quizá con demasiada insistencia, en las páginas anteriores, pero su importancia es central, como él mismo indicó en el discurso de agradecimiento por la medalla que se le concedió, tras ser elegido director de la Real Academia de la Historia en 1909:

Lo que honráis en mí no es mi persona, no es mi labor, cuya endeblez reconozco, sino el pensamiento capital que la informa, y que desde las indecisiones y tanteos de la mocedad me ha ido llevando a una comprensión cada vez menos incompleta del genio nacional y de los inmortales destinos de España. Los tiempos presentes son de prueba amarga y triste para los que profesamos esta fe y procuramos inculcarla a nues-

³⁵ *Op. cit.*, I, p. 1595.

³⁶ Puede verse Francisco José León Tello, *La teoría española de la música en los siglos XVII y XVIII*, Madrid, CSIC, 1974, 2 vols., y la parte dedicada a ese aspecto en Antonio Martín Moreno, *Historia de la música española. Siglo XVIII*, Madrid, Alianza, 1985.

³⁷ *Op. cit.*, I, p. 1629.

tros conciudadanos, pero [en todas las voces de aliento que le llegan] palpita un mismo anhelo: la regeneración científica de España.³⁸

Y, quien dice científica, dice directamente nacional, en todas sus manifestaciones. Consecuencia de ese mayor y mejor conocimiento de la realidad española es que las opiniones que sobre el siglo XVIII estampó en *La ciencia española* en 1876 y en los *Heterodoxos*, que se han copiado más arriba, queden bastante más matizadas en trabajos posteriores como en la *Historia de las ideas estéticas* y en otros, ya generales, ya particulares. Así, por ejemplo, cuanto tuvo que ver con los jesuitas, sobre los que dejó abundantes páginas.³⁹ Consecuencia de esa ampliación son las muchas ocasiones en que se corrige a sí mismo, momentos en los que rebaja la acrimonia o se desdice, aunque esas palinodias no tengan nada que ver con el núcleo duro de sus valores y pensamiento.

Las «Advertencias preliminares» de 1910 a los *Heterodoxos*

Uno de los momentos más claros de ese proceso de corrección es cuando prepara para la segunda edición, que apareció en 1911, el texto de los *Heterodoxos* y escribe unas largas «Advertencias preliminares». En ellas declara paladinamente que esta obra no es «la que estimo más» y que necesita una profunda revisión, refundición y directamente una nueva escritura, algo que no va a hacer por falta de fuerzas y tiempo. Moriría dos años después. Quiere corregir las interpretaciones que se han hecho de su historia, pero también desea armonizar la perspectiva científica del investigador, que no puede manipular los datos, con el dogma católico que imponía silencio, mientras necesita distanciarse de la perspectiva de los «íntegros», que sólo entendían la historia como una narración edificante y expurgada. Reconoce el papel de católicos, protestantes y racionalistas en la construcción de la ciencia y rechaza, en contra de las directrices eclesiásticas, que habían vuelto a sus rigores tras cierta relajación, que no se cuente con aportaciones valiosas porque sus autores no sean católicos. Pasa revista a las nuevas publicaciones

³⁸ «Discurso con ocasión de la entrega de la medalla de oro de la Academia de la Historia», en *Varia*, I, Madrid, CSIC, 1941, p. 356. Véase también Sainz Rodríguez, *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, pp. 71-72.

³⁹ Recogidas en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, IV, Madrid, CSIC, 1942.

que ha conocido la materia de estudio desde 1879 y, en lo que se refiere al siglo XVIII, el giro es casi absoluto.

Si antes había escrito en *La ciencia española*:

Religiosa y políticamente la dinastía francesa nos trajo grandísimas calamidades: el jansenismo y el enciclopedismo; la centralización y el cesarismo administrativo, manifestados con hechos brutales e inconcebibles casi, como la expulsión de los jesuitas; la ruina completa de nuestras libertades provinciales, que, a lo menos en la forma, habían respetado mucho más los reyes austriacos. Torcióse completamente el espíritu de la civilización española, torcimiento que dura aún, por desgracia; no se combatió ya por el Catolicismo, sino por el *pacto de familia*; mudó de carácter la literatura, alterándose radicalmente la lengua. El Santo Oficio, una de nuestras más españolas y castizas instituciones, siguió la universal decadencia.⁴⁰

Si dejó sentado que

¡Jamás vinieron sobre nuestra raza mayores afrentas! Generales extranjeros guiaban siempre nuestros ejércitos, y una plaga de aventureros, arribistas, abates, cortesanas y lacayos franceses, irlandeses e italianos caían sobre España como nube de langosta, para acabarnos de saquear y empobrecer, en son de reformar nuestra hacienda y de civilizarnos. A cambio de un poco de bienestar material, que sólo se alcanzó después de tres reinados, ¡cuánto padecieron con la nueva dinastía el carácter y la dignidad nacionales! ¡Cuánto la lengua! ¡Cuánto la genuina cultura española, la tradición del saber de nuestros padres! ¡Cuánto su vieja libertad cristiana ahogada por la centralización administrativa! ¡Cuánto la misma Iglesia, herida de soslayo pero a mansalva, por el rastrero *galicanismo* y por el *regalismo* de serviles leguleyos que, en nombre del rey, iban despejando los caminos de la revolución.⁴¹

Si

Dios consintió, sin embargo, que el Imperio se dividiese y que hasta territorios de la Península, como Gibraltar, quedasen perdidos para España y para el Catolicismo. [...] Fue la primera tierra ibera en que li-

⁴⁰ *La ciencia española*, II, p. 24

⁴¹ *Historia de los heterodoxos españoles*, II, pp. 338. La cursiva es suya.

brememente imperó la herejía, ofreciendo fácil refugio a todos los disidentes de la Península en los siglos XVIII y XIX, y centro estratégico de todas las operaciones de propaganda angloprotestante.⁴²

Si todo esto había sucedido, según la visión de un joven católico intransigente, cuando escribe en 1910 las cosas han cambiado. Vuelve a valorar el tiempo de Carlos II y de los novatores, y el influjo extranjero de los primeros Borbones se presenta como «doctamente asimilado, sin prevención ni servilismo, con un tino y parsimonia que puede servirnos de ejemplo» en las cuitas actuales, y nutrido de «savia castiza». Finalmente, el siglo XVIII es ejemplo de integración inteligente de tradición y novedad. Feijoo, que había sido bien tratado siempre, ahora recibe una consideración más consistente, certera y cercana a la actual, como agente renovador del pensamiento y estímulo para «un público en quien despertaba la curiosidad científica», además de ser impugnador de tradiciones populares y falsos milagros. Los eruditos dieciochescos ya no son hipercríticos imbuidos del espíritu galicano dispuestos a acabar con la Iglesia y las tradiciones, sino «el nervio de nuestra cultura», a los que la «olvidadiza patria» debe honrar y recordar, pues en ellos está la base de la renovación de los estudios históricos, gracias a sus métodos críticos y veraces de trabajo, a sus indagaciones escrupulosas y al buen uso de fuentes, que ellos depuraron.⁴³ Frente a la situación contemporánea, en aquella época había más actividad intelectual en el clero, y la universidad, a pesar de su decadencia, registraba más animación que en los tiempos presentes. Todo ello porque se daba un ambiente más favorable al estudio que en el siglo XIX. De este modo Flórez, Mayans, Capmany, Jovellanos, Tomás Antonio Sánchez, Velázquez, Martínez Marina, Larruga, los jesuitas, Ponz, Vargas Ponce y tantos otros crearon diferentes ciencias y avanzaron en el aumento de los saberes.

Si se había burlado del apoyo institucional al arte y a la cultura, ahora desarrolla de forma positiva la noción de que la ciencia era fruto a menudo de la protección oficial y valora sus aportaciones, como siempre sin perder el referente contemporáneo:

⁴² *Op. cit.*, II, p. 339- 340. Muchas otras referencias similares se pueden añadir, pero basten estas como testimonio.

⁴³ “Advertencias preliminares”, en *Historia de los Heterodoxos españoles*, I, pp. 10- 11.

Tienen los buenos trabajos de la erudición española del siglo XVIII no solo esmero y conciencia, sino un carácter de continuidad en el esfuerzo, un impulso común y desinteresado, una imparcialidad u *objetividad*, como ahora se dice, que da firmeza a sus resultados y contrasta con el individualismo anárquico en que hemos caído después. Toda nuestra vida intelectual del siglo XIX adolece de esta confusión y desorden. El olvido o el frívolo menosprecio con que miramos nuestra antigua labor científica, es no solo una ingratitud y una injusticia, sino un triste síntoma de que el hilo de la tradición se ha roto y que los españoles han perdido la conciencia de sí mismos.⁴⁴

En esta desastrosa situación que va trazando, encuentra las razones del atraso intelectual en la falta de continuidad y tranquilidad, en la inestabilidad que caracterizó al siglo XIX, «sin que dejemos de imputar a los tradicionalistas su parte de culpa».⁴⁵ Algo debe hacernos pensar que el espacio dedicado al siglo XVIII en esas advertencias sea importante, y en cierto modo reivindicativo de algunas de sus facetas esenciales, y que otra importante parte se dedique a dar señales de que cambiaría el libro, de que el mismo ha quedado viejo, y a pensar sobre su tiempo vital y futuro, al interesarse por los planes de estudio, que no ve como solución al retraso intelectual español.

Menéndez Pelayo habría escrito los *Heterodoxos* de otro modo en 1910, como él indica, y no habría tenido tantos compromisos religiosos, ni respecto del catolicismo «su vieja opinión triunfalista».⁴⁶ Su intento de ese momento nos lo muestra como alguien que quiere recuperar la independencia intelectual en una época marcada por los bandos y las intransigencias y por la puesta de la ciencia y la cultura al servicio de intereses religiosos, o contrarios a ellos. Menéndez Pelayo ha ganado equilibrio y distancia respecto del objeto de estudio, ha aprendido a proceder de un modo mesurado y, al mismo tiempo, de la misma forma inmisericorde en que atacó, ha recibido los embates de los ultras católicos cuando, primero, se afilió a la Unión Católica y, después, al Partido Conservador. Estas diferentes circunstancias influyeron en cambiar su

⁴⁴ *Op. cit.*, I, p. 15.

⁴⁵ *Op. cit.*, I, p. 16.

⁴⁶ En palabras de Campomar Fornieles, *op. cit.*, p. 269, quien añade en nota que en los diferentes artículos y prólogos que escribió entre las dos ediciones de los *Heterodoxos* se perciben los cambios ideológicos del autor respecto del liberalismo y el catolicismo.

modo de entender la vida y, por tanto, en su modo de entender su trabajo.⁴⁷

Reconoce que su libro es una reliquia, que tiene errores (que corrige en la nueva edición), que se ha avanzado mucho desde que lo escribió, pero reivindica su valor como testimonio histórico, como eslabón en la cadena del conocimiento, y asume, como no han hecho otros, la necesaria retractación y autocorrección.⁴⁸ Por otro lado, frente a sí mismo en su juventud y frente a los que le atacaban entonces, como el padre Getino y Camille Pitollet, reivindica no solo nuevos métodos y la independencia del historiador ya señalada, sino también un estilo y unos modos civilizados, templados, sin la implicación cegadora y banderiza que él mismo padeció. Finalmente su palinodia va dirigida, desde la tradición española de estudios, a adoptar las corrientes y los métodos nuevos, necesarios para mejorar pero también para tener una cultura propia. Es la mejor prueba de cómo ha variado su consideración de lo que es español, pues para tener una cultura propia ve imprescindible sumarse a las corrientes renovadoras que llegan del exterior: «Hora es ya de que los españoles comencemos a incorporarnos en esta corriente [renovadora], enlazándola con nuestra buena y sólida tradición del tiempo viejo, que no debemos apartar nunca de los ojos si queremos tener una cultura propia.»⁴⁹

Parece haber comprendido, o aceptado, que la ciencia y la cultura, lo mismo que las identidades que él quería restaurar, se construyen

⁴⁷ Evolución y giro que percibieron sus contemporáneos. Santoveña Setién, *Marcelino Menéndez Pelayo*, p. 110, recuerda a ese respecto las palabras que le dirigió Rafael de Ureña y Smenjaud, institucionista, al contestar en 1910 al discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia de Gumersindo de Azcárate.

⁴⁸ Una de ellas tiene que ver con la Sociedad Económica Bascongada y los caballeritos de Azcoitia, como se encargó de destacar Julio de Urquijo, que, sabedor de las intenciones de Menéndez Pelayo de revisar y corregir cuanto escribió sobre ese particular, y al no realizarlo por las razones que ya se han visto, escribió su libro *Un juicio sujeto a revisión. Menéndez Pelayo y los caballeritos de Azcoitia* (San Sebastián, Imp. de Martín y Mena, 1925), en el que reivindica la ortodoxia católica de Peñaflores y de los asistentes a la Sociedad. Hay una reedición de esta obra, por José Ignacio Tellechea Idígoras, con apéndice documental de la polémica entre Urquijo y Quadra Salcedo (San Sebastián, Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, 1996). Véase también Miguel de la Pinta Llorente, *Los caballeritos de Azcoitia. Un problema histórico*, Madrid, Estudio Agustiniiano, 1973.

⁴⁹ *Op. cit.*, I, p. 7.

mezclando, uniendo, asimilando diferentes tradiciones y propuestas. De modo que esta suya de incorporar las corrientes renovadoras a lo mejor de nuestra tradición sólo choca con lo que piensan aquellos que entienden las identidades y las tradiciones de manera excluyente. Los mejores hombres del siglo XVIII –Feijoo, Cadalso, Jovellanos, Vargas Ponce, Estala, Moratín y tantos otros–, conscientes del descrédito nacional en Europa, de la decadencia económica y territorial en que vivían, conocedores como eran del pasado español y de las novedades extranjeras que se podían aprovechar, intentaron, en difícil equilibrio, asumir cuanto de benéfico procediera del exterior y valorar lo que estaba en nuestro pasado. Menéndez Pelayo, desde un primer rechazo del siglo por razones contemporáneas e implicaciones religiosas, llegó a una mejor comprensión y apreciación de una época que ya nadie duda en considerar como de las más importantes de nuestra Historia. Para bien y para mal somos hijos del siglo XVIII, de sus propuestas y utopías, como de sus errores y traiciones al ideario ilustrado. Si hoy no es difícil ver esto, entonces, cuando él escribía, resultaba mucho más fácil, como mostró una y otra vez. La España liberal nacía con el Setecientos y contra ella luchó Menéndez Pelayo al principio, para reconocer después que a aquellos años se debía el nuevo orden constitucional que permitía las libertades en materia de religión y en otras cuestiones, como hace constar al final de sus advertencias.⁵⁰ Finalmente, el siglo XVIII había tenido su utilidad, y el trabajo del mismo Menéndez Pelayo había servido para algo, pues, como consecuencia de su estudio, de sus polémicas, de su estímulo: «Mi libro reaparece en condiciones más favorables que entonces, no sólo porque encuentra un público más preparado [...], sino porque su propio autor ha aprendido».⁵¹

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS
CSIC (MADRID)

⁵⁰ *Op. cit.*, I, p. 30.

⁵¹ *Op. cit.*, I, p. 24.